

GENIO Y FIGURA

Óscar Abraham Rodríguez Castillo:

**“ESTUDIAR LA HISTORIA INDUSTRIAL ES TAMBIÉN
UNA MANERA DE ALZAR LA VOZ Y DE EXIGIR
MEJORES CONDICIONES LABORALES”**

Juan Andrés Zúñiga López ¹

Universidad Autónoma de Nuevo León

Óscar Abraham Rodríguez Castillo es licenciado en Historia y Estudios de Humanidades por la Universidad Autónoma de Nuevo León, maestro en Educación con acentuación en Tecnología Educativa por la Universidad Ciudadana de Nuevo León, maestro en Humanidades por la Universidad Autónoma de Zacatecas y cuenta con una especialidad en Políticas Culturales y Gestión Cultural por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Es investigador, catedrático, escritor, editor y promotor cultural. Actualmente se desempeña como Jefe de Procesos Técnicos de Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria y es profesor del Colegio de Edición y Gestión de la Cultura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL.

Entre su vasta producción académica, destacan los siguientes libros: *Voces de la vieja Maestranza* (2018, en coautoría con Luis Fidel Camacho Pérez), *Oficio y memoria ferroviaria. Divisiones Monterrey y Golfo* (2019, en coautoría con José Eugenio Lazo Freymann) y *Diario de un fundidor. Entre el acero, el oficio y la camaradería* (2021). Asimismo, ha coordinado obras colectivas, como *Monterrey: patrimonio e industria. Seis estudios históricos* (2021) y *Salud pública y ocupacional en el espacio urbano. Ocho estudios históricos* (2025, en coordinación con Alberto Casillas Hernández). En entrevista, el maestro Rodríguez refiere cómo surgió su interés por la historia industrial, qué perspectiva tiene sobre la evolución de los estudios históricos en torno a este tema y cuáles son las más recientes líneas que se han comenzado a explorar en la historiografía contemporánea sobre los procesos de industrialización.

**¿Cómo inició su inclinación por la historia?
¿Cuáles fueron los factores decisivos que hicieron
que se interesara por estudiar esta disciplina?**

Está difícil, porque ya pasó mucho tiempo. Recuerdo que en la secundaria tuve un maestro de apellido Echavarría, que tenía una manera particular de explicar los temas de historia: no nada más te ponía a leer, sino que él creaba narraciones muy interesantes y que despertaron en mí la curiosidad por la historia. Más adelante, me ponía a leer esos libros de secundaria simplemente por gusto. También creo que influyó el hecho de que mi hermano es contador. Entonces, como él me lleva un año, casi siempre busqué diferenciarme de él. Como él era contador, yo quería hacer algo distinto y seguir mi propio camino. En eso se me atravesó la historia y pues de ahí me agarré y sigo enamorado de la carrera.



SALUD PÚBLICA Y OCUPACIONAL EN EL ESPACIO URBANO

Ocho estudios históricos

Alberto Casillas Hernández
Óscar Abraham Rodríguez Castillo
Coordinadores

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS
III

¹ Es estudiante de la licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.



Con respecto a sus publicaciones, me llama mucho la atención que varias son referentes a la historia industrial. Quería saber, ¿cómo nació este interés por dicha vertiente?

Yo empecé primero con historia política. De hecho, mi tesis de licenciatura, titulada *Elecciones, rebelión y transición política en Nuevo León durante el año de 1923*, fue sobre un conflicto electoral que se presentó en la entidad en los años veinte. Sin embargo, a raíz de que mi primera oportunidad laboral fue en el Centro Eugenio Garza Sada, gracias al licenciado César Salinas Márquez, donde estuvimos trabajando en un proyecto que consistía en reunir documentación relacionada con el tema industrial, me fui familiarizando con los fondos del archivo y fui conociendo más acerca de la cuestión obrera. De hecho, en ese periodo fue cuando me topé con unos expedientes sobre accidentes laborales en Fundidora y, con base en ellos, hice toda una tabla en Excel donde pude identificar cuáles eran los más comunes. Entonces empecé a incursionar en el tema de la seguridad industrial.

Al finalizar el trabajo con César Salinas, ingresé a la Universidad Autónoma de Nuevo León y me di cuenta de que había un congreso sobre procesos de industrialización en México que organizaba el INAH. Mandé mi ponencia, fuimos a exponer, y de manera circunstancial, ahí coincidimos varios colegas de Monterrey: los maestros Jacobo Castillo, Enrique Pérez y Jacobo Cleto. Entonces, sin querer, nos juntamos en San Luís Potosí donde fue el congreso, y ya con compañeros del INAH que traían la organización de los seminarios de procesos de industrialización, se nos invitó a formar nuestro propio seminario. Años más tarde, constituimos el Seminario de Procesos de Industrialización de Nuevo León y pues ya me metí de lleno a este tema. Ya no lo solté y seguimos en él, pero ahora con el aspecto más del patrimonio industrial.

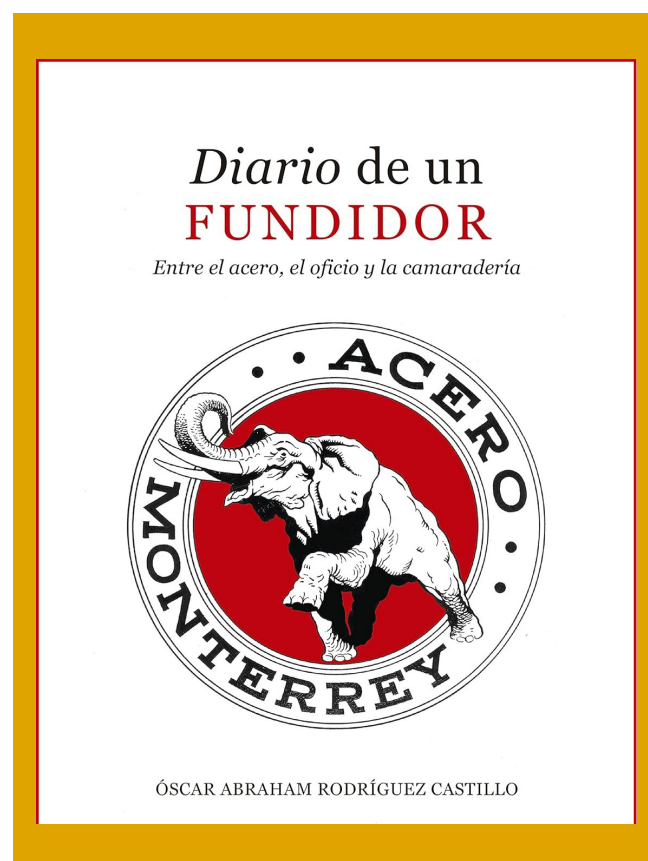
Entre otros libros, usted publicó *Diario de un fundidor*, cuya principal fuente de información fueron testimonios orales recabados mediante entrevistas con personas que estuvieron vinculadas con la Fundidora. ¿Cuál ha sido su experiencia con el uso de la historia oral?

Te diré que ha sido una experiencia muy grata. Cuando uno va al archivo, extrae la información que se requiere, se hacen apuntes

y al final uno regresa a casa tranquilo, sin ningún problema. En cambio, al hacer historia oral, se genera una empatía, un vínculo con los entrevistados, con los informantes clave, al grado de que esta relación perdura una vez concluido el motivo que dio origen a ese acercamiento. Te he de decir que desde antes de *Diario de un fundidor*, mi colega Fidel Camacho y un servidor tuvimos la oportunidad de hacer otro libro que se llama *Voces de la vieja Maestranza*, también basado en entrevistas. Todavía tengo cercanía con los extrabajadores que entrevistamos; de hecho, en las reuniones que hacen, suelen invitarme y con gusto los acompaño y a veces nos enviamos mensajes. Entonces se genera este vínculo que va más allá del proyecto de investigación.

Una vez terminada su licenciatura, ¿qué estudios de posgrado realizó?

Soy muy inquieto, porque ando en muchas cosas a la vez. Trabajo en Capilla Alfonsina y pues las bibliotecas representan un trabajo muy noble, en el sentido de que uno trabaja siete horas y sale



fresco como lechuga, no sale uno cansado, aparte de que estás donde se encuentran los libros. Primero realicé estudios en educación: una maestría en Tecnología Educativa en la Universidad Ciudadana de Nuevo León, aprovechando que era a distancia y gratuita. Al mismo tiempo, me inscribí a una especialidad en Políticas Culturales y Gestión Cultural que imparte la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa. Entonces prácticamente terminé la maestría y la especialidad al mismo tiempo y recientemente acabo de concluir otra maestría, pero ahora en Humanidades, en el eje de patrimonio cultural, por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Así, he podido seguir trabajando estos temas que me apasionan, la historia oral y el patrimonio ferroviario.

¿Cómo incursionó en la docencia a nivel universitario?

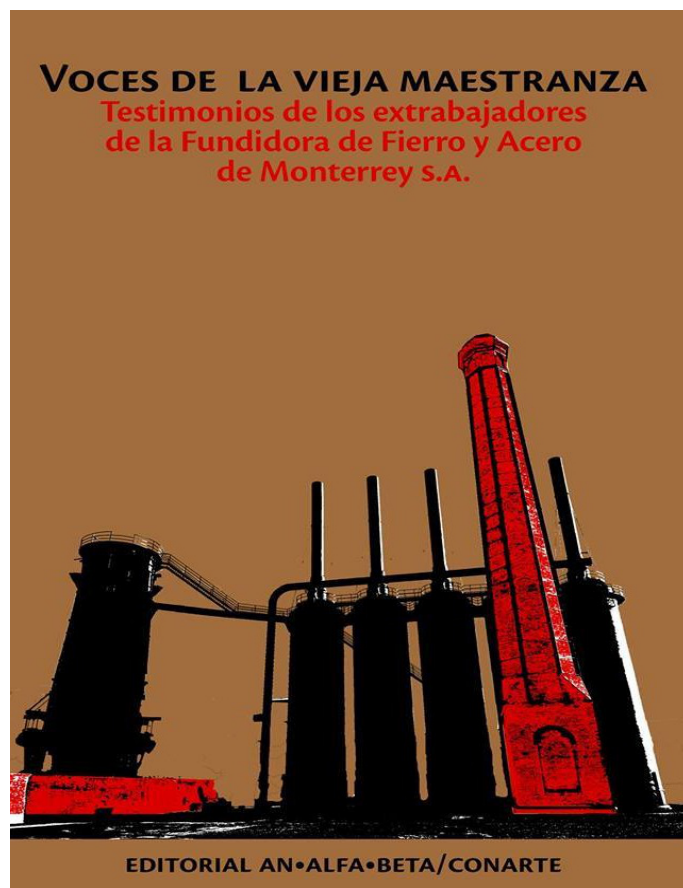
En 2020 recibí una invitación de parte de la maestra Tzitel Pérez, del entonces recién fundado Colegio de Edición y Gestión de la Cultura de la UANL, para impartir asignaturas relacionadas con la especialidad que había estudiado, tales como antropología cultural, diversidad cultural, proyectos culturales e interculturalidad. Acepté la invitación y ahí sigo hasta la fecha. También en ocasiones apoyo con una asignatura en el Colegio de Letras Hispánicas: la materia de gestión cultural.

¿Cómo ha sido su experiencia como profesor universitario?

La verdad es muy enriquecedora la experiencia de estar compartiendo en el aula. Yo no digo que voy a dar clases: yo coincido con los estudiantes. Coincidimos en un mismo espacio y dialogamos. Claro que yo soy el que habla más, pero me parece que es importante generar esa confianza, para que los estudiantes participen y den sus opiniones. Y también para que yo igual pueda reflexionar en directo con ellos. La docencia es una manera de mantenerse activo y actualizado también. Yo procuro cada semestre incluir lecturas nuevas en los programas que imparto. No cambio todo, porque se supone que el plan de estudios no debe reformarse en cinco años, pero sí añado por lo menos un par de lecturas. Lo que voy leyendo en vacaciones, lo voy incorporando. Esa es una manera de mantenerse a la vanguardia con lo que se está discutiendo en el momento.

Volviendo a lo que mencionaba hace rato acerca del patrimonio histórico, me gustaría saber, ¿cuál es su perspectiva sobre la divulgación del patrimonio industrial en Nuevo León?

Pues yo creo que ha cobrado fuerza, aunque nos tardamos. En general, el patrimonio industrial tiene poco de ser considerado como tal, desde los años 2000, comenzó a emplearse esta categoría de “patrimonio industrial” y pues hay eventos que últimamente lo vienen impulsando. Está el congreso de Fundidora, que nació así, como un congreso sobre Fundidora, y que hoy es un congreso



internacional sobre patrimonio industrial. Creo que ya se han organizado diez ediciones, siempre en el mes de mayo, que coincide con el aniversario del cierre de la Fundidora. Tenemos espacios como Cervecería Cuauhtémoc que tiene un museo aunque es de difícil acceso, pues al ser privado, tiene otras dinámicas de acceso, lo mismo que Vidriera. Tenemos el Horno 3. En fin, yo creo que hay espacios que han sido reacondicionados y puestos a disposición de la población. Tan solo el Día del Patrimonio de Nuevo León 2025, en la Hacienda San Pedro participamos en una mesa de diálogo sobre patrimonio industrial.

Creo que ha habido difusión, aunque no sé qué tan efectiva. Es cuestión de valorar la interpretación que se hace del patrimonio industrial, porque si bien hay estudios que justifican el valor patrimonial de los edificios, el siguiente paso es la interpretación. Es decir, cómo demostrar la importancia de los sitios patrimoniales a un visitante que no necesariamente tiene interés de conocer el lugar que visita, sino que a lo mejor sólo está ahí porque forma parte de su itinerario turístico. ¿Cómo hacer para que al final de un recorrido, una persona se lleve algo que lo motive a pensar: “qué bueno que esto se conserva”? Ese es el reto de la interpretación. Hay un autor, creo que es inglés, que escribió los principios de la interpretación y uno de ellos se me quedó muy gra-



bado, porque dice que la interpretación no es información sino un acto de provocación. Esto significa que un recorrido en un sitio patrimonial debe despertar algo en las personas, algo que las motive incluso a volver a visitar el lugar. Yo creo que ese ha sido el reto. Ahora hay más herramientas. Por ejemplo, en el Laboratorio Cultural Ciudadano acabamos de imprimir en 3D la antigua estación de ferrocarril de la colonia Industrial, que ahora es sede de la Academia de Policía de Monterrey, y estamos incorporando algunos audios para que sea un poco más dinámico y para que pueda interesar también a las nuevas generaciones.

Además de la historia industrial, ¿qué otras líneas de investigación son de su interés?

Bueno, empecé con la política y me gustó, pero eso ya lo di por cerrado. Ahora he estado trabajando procesos de industrialización. Comencé con seguridad industrial, y aunque he tenido un poquito abandonado el tema, tengo una libreta llena de apuntes de expedientes judiciales relacionados con percances dentro de instalaciones fabriles y mineras, que estoy reservando para un mejor momento. Me imagino una historia del cuerpo, porque los documentos contienen descripciones del cuerpo humano. Por ejemplo, cuando hay un fallecido por un accidente laboral, el forense hace descripciones detalladas. Yo tengo una hipótesis, que es necesario desarrollar, referente a que los accidentes laborales han provocando que nos familiaricemos con otro tipo de muerte: no es la muerte apacible o la muerte del campesino que cayó de un caballo, sino la muerte de un cuerpo vulnerado, quizá con laceraciones muy fuertes, que también genera un impacto en la familia. En algún momento, voy a estudiar eso. Y últimamente trabajo mucho la historia del ferrocarril, temas sobre las estaciones, el patrimonio ferroviario y la memoria ferroviaria.

¿Cómo ha cambiado su panorama sobre la historia industrial al formar parte del Seminario de Procesos de Industrialización de Nuevo León?

Desde mi punto de vista, es una manera de resignificar o de reinterpretar, a partir del seminario, la historia obrera. A lo mejor hasta los ochenta era todo muy claro, porque era la industria tradicional, la industria donde una persona entraba y, por medio de un escalafón, iba ascendiendo gradualmente hasta que a cierta edad ya alcanzaba un puesto de jefatura. Mucho de la contratación se hacía por medio del



sindicato. En definitiva, era otro tipo de formas de producción y de relaciones obrero-patronales.

Con el viraje hacia el modelo neoliberal, a finales de los ochenta y principios de los noventa, se verifica un quiebre que reconfigura las relaciones laborales. Con el tecnicismo, ya no veo a personas que aspiren a ser obreros y a formar parte de una empresa por el resto de sus vidas. Como que ha habido un desapego, producto también de las mismas dinámicas industriales. Ahora se instala una fábrica, y si esa fábrica no da para más, se va a otro lugar donde tenga mejores condiciones o simplemente fracasa el proyecto industrial y cierra sus puertas, lo que ocasiona que la gente se quede sin empleo. Vemos fenómenos como la apertura de una fábrica en un determinado municipio, en el que los obreros cambian sus puntos para adquirir una vivienda, y luego resulta que esa misma fábrica cierra y los trabajadores tienen que buscar empleo en otros lados, quizá en un municipio más lejano. De esta manera, vemos cómo la calidad de vida se va deteriorando debido a los largos traslados.

También vemos el fenómeno, no de la desindustrialización, sino de la descentralización de la industria. Cada vez somos más los que decimos: “ya no podemos coexistir con las industrias, hay que irlas replegando hacia la periferia”, y pues nosotros padecemos índices de contaminación muy elevados. Todos estos son fenómenos que desde el seminario se están discutiendo. De hecho, tenemos planeado abordar las inversiones asiáticas en Nuevo León, yo creo que va a ser nuestro siguiente proyecto como seminario: incursionar en la llegada de capital asiático a Monterrey.

Con respecto a la colección editorial **AMM 24. Estudios Históricos** que usted coordina, quisiera saber, ¿cuáles han sido los principales retos a los que se ha enfrentado como editor?

Ha habido varios. El primer reto siempre es el económico. La realidad es que me animé y nos animamos a comenzar este proyecto, porque siempre tenemos la impresión de que los costos editoriales son estratosféricos como para que personas de a pie los puedan solventar; que únicamente instituciones, como la universidad, las facultades o las editoriales reconocidas, tienen la capacidad económica para producir. Sin embargo, desde hace un tiempo, antes de presentar el proyecto, empecé a familiarizarme con los procesos editoriales y me di cuenta de





que realmente los costos no son tan inalcanzables; si bien no son baratos, tampoco implican una cantidad completamente inaccesible.

Así pues, el primer paso fue obtener un capital semilla, gracias a la aportación de todos los autores y autoras que estuvieron de acuerdo en entregar una cantidad, y de ese modo fue posible sacar a la luz el primer número. A su vez, nos dimos a la tarea de gestionar otros apoyos en los municipios: principalmente recibimos mucho apoyo de los ayuntamientos de Cadereyta Jiménez y de General Escobedo, así como de la revista *Atisbo* y de sus editores, Edmundo Derbez y Ahmed Valtier. Ellos nos han ayudado con los costos de impresión, lo que nos ha permitido tener hasta el momento seis títulos ya impresos y uno que está por salir de la imprenta.

Quizá nuestro mayor reto ahora es la comercialización, el poder colocarlos en las diferentes librerías, porque eso incrementa el costo del libro y nosotros queremos que siga siendo accesible. Si yo llevo los libros a cualquier librería, se va a encarecer mínimo un cuarenta por ciento. Entonces preferimos tratar de venderlos mediante las presentaciones, aunque esto también ha sido un reto. Por cuestiones personales, en mi caso por el tiempo, a veces tenemos varias actividades y se nos dificulta llevar a cabo esta comercialización. Pero al final de cuentas, nosotros esperamos con el retorno, al vender los libros, seguir produciendo los demás. Con respecto a la producción académica como tal, afortunadamente los autores que están participando le están dando salida a trabajos que ya tenían avanzados o incluso ya concluidos, como trabajos de tesis o artículos que ampliaron, y en ese sentido ya tienen un trabajo de revisión bien consolidado, por lo que es poco lo que se modifica. De todas maneras, se realiza una revisión del texto y de la forma de citación.

¿Qué reconocimientos ha recibido usted por sus aportes a la historiografía nuevoleonesa?

He participado en algunos certámenes de investigación. Por ejemplo, obtuve una mención honorífica en un concurso que organizó la Comisión Estatal Electoral de Nuevo León, con un trabajo derivado de mi tesis de licenciatura. Con esta tesis además obtuve el Premio a mejor tesis de licenciatura, que otorgaba la Universidad Autónoma de Nuevo León y que desafortunadamente, de un tiempo para acá, dejó de entregarse. Más recientemente, obtuve una mención honorífica,

en la categoría de trabajos de investigación, en el Premio Museo de Historia Mexicana, con un estudio que no ha sido publicado y que va a formar parte de esta colección de *AMM 24. Estudios Históricos*. Se titula: *El otro lado del progreso. Condiciones laborales y disciplina fabril en Monterrey, 1880-1909*. Si bien la formación del obrero ha sido muy estudiada, aquí yo trato de ver el proceso de formación y de integración del nuevo obrero al mundo fabril.

¿Por qué seguir estudiando la historia industrial en Nuevo León?

Hay tantas cosas que faltan por estudiarse desde el ámbito regional. Al final de cuentas, surgen nuevas metodologías, nuevas formas de hacer historia y nuevos intereses. El interés que tenían los historiadores que nos precedieron, en los años setenta y ochenta, posiblemente se basaba más en la búsqueda, desde la teoría marxista, de la lucha de clases en el mundo obrero. Luego en los noventa, con la historia cultural, comenzaron a buscar otro tipo de cosas. Los estudios históricos están siempre reinterpretándose. Tienen esa característica de que podemos siempre voltear a verlos con otros ojos, con otras miradas, con otras herramientas y a partir de ahí responder a algunas preguntas que nos surgen en la actualidad. En los ochenta era muy común ser obrero, y entre más cerca de tu casa estuviera el centro laboral, pues mejor. De hecho, era muy común que los barrios obreros estuvieran justo en la periferia de las fábricas. Ahora regularmente quien tiene un trabajo, lo tiene a una distancia alejada de su domicilio. Estamos ante el fenómeno de la descentralización de la industria, por lo que en este momento surgen nuevas preguntas o interrogantes y, a través de la reinterpretación de la historia industrial, podemos hallar respuestas.

Además, el proceso de industrialización abarca muchas cosas, cosas que traspasan los muros de la fábrica. Me da gusto, por ejemplo, que ahora hay una compañera, egresada del Colegio de Historia de la UANL, que está estudiando el deporte femenino en Fundidora. También me enteré de que alguien está estudiando el teatro en Fundidora. Entonces realmente hay muchas cosas que en el pasado no se estudiaron porque no se consideraron importantes. Ahora las empresas te pueden ofrecer un buen salario, pero desatienden las prestaciones sociales. Una cosa son las prestaciones laborales y otra cosa las prestaciones sociales. Si volteamos a



ver a la industria tradicional, nos daremos cuenta de que ésta tenía prestaciones sociales además de las económicas. ¿Cuáles eran estas prestaciones sociales? Las clínicas, los centros recreativos, los espacios deportivos, las escuelas. Espacios para que los hijos de los trabajadores pudieran practicar gimnasia, pintura o música. Eso ya no existe, o son contadas las empresas que ofrecen esas prestaciones sociales. Entonces, una forma de cuestionar por qué ya no tenemos estas prestaciones, es ver que anteriormente sí las teníamos. ¿Por qué se perdieron? ¿Por qué ya no las ofrecen las empresas? Estudiar todo esto es una manera también de alzar la voz y de exigir mejores condiciones laborales.

¿Qué consejos le puede compartir a un investigador que desea estudiar la historia industrial?

Primero, que lea la bibliografía básica. Yo creo que ese sería un buen consejo, dependiendo de qué está estudiando. Autores que no podemos obviar son Mario Cerutti y Javier Rojas Sandoval, que son pioneros en temas de industria. Con respecto a los movimientos obreros, tenemos a Lylia Palacios, mientras que el tema de la desindustrialización ha sido trabajado por Eleocadio Martínez. Es importante tratar de familiarizarse con lo que se ha escrito sobre el proceso de industrialización.

Un segundo consejo es definir qué es lo que más le interesa de todas las aristas posibles que hay en el ámbito industrial. Una cosa es estudiar la empresa, otra cosa es la técnica, otra cosa es el patrimonio, otra cosa la historia oral. Definir con cuál de las metodologías y con cuál de las aristas se siente más cómodo, es fundamental.

Otro consejo: al final, todos somos rehenes de las fuentes. Creo que eso lo dijo Marc Bloch. Si no hay documentos, no los podemos construir. Es verdad que la historia oral nos permite crear nuestras propias fuentes, pero si quiero saber acerca de la vida cotidiana en 1900, pues obviamente la historia oral no es una opción. Entonces tendríamos que buscar otras maneras de interrogar a los documentos. Habrá cosas que no se podrán desentrañar definitivamente, o por lo menos no ahora con las herramientas que tenemos, pero sí debemos tratar de sacudir los documentos lo más que se puedan y hacerlos hablar. Las fuentes nos van a limitar o nos van a abrir el panorama. Esto me recuerda un caso: para mi tesis de

licenciatura, en algún momento quise estudiar la rebelión de-lahuertista por medio de la prensa, pero resulta que no había periódicos de ese periodo, de 1923 a 1924. Está la colección hemerográfica resguardada en la biblioteca Raúl Rangel Frías, pero se encuentra fragmentada, por lo que era imposible darle seguimiento a ese acontecimiento por medio de la prensa. Sencillamente no existían las suficientes fuentes o éstas no se conservaron.

También aconsejo a los interesados en el tema que se acerquen a los seminarios, que presenten sus avances, que dialoguen y que no tengan miedo. A veces les da pena participar, pero presentar algo y recibir retroalimentación ha sido una de las cosas que más me han ayudado. Cuando me hacen preguntas que no sé responder, me las llevo de tarea y desde ahí empiezo a trabajar.

